

deben obrar para conseguir su respectivo fin en el orden en que han sido puestas por su divino Autor. ¿Por ventura hay en los seres inferiores al hombre el conocimiento de los tipos y leyes generales, que sirven de regla y medida á la inteligencia en los juicios que pronuncian acerca de las cosas que contemplan? Es evidente que no: tales seres carecen de reflexión, no pueden elevarse á razones abstractas y universales, ni comparar con ellas los objetos sensibles que conocen, ni percibir su conveniencia ó repugnancia, ni deducir unas verdades de otras; y la razón de esto es, porque carecen de mente ó entendimiento. No pueden considerarse sus actos como *manifestaciones de la vida mental*, si no es que en ellos se considera la expresión de la mente y sabiduría infinitas del Criador.

P. ¿Qué entendeis vos por instinto?

R. «Una forma inconsciente de la inteligencia determinada por la organización 1.»

Dos errores gravísimos contiene esta defi-

1 GARCÍA ALVAREZ, *El instinto en los animales*, vol. citado, página 186.

nición del instinto. El primero, que el instinto sea una *forma inconsciente de la inteligencia*; y el segundo, que esta forma esté *determinada por la organización*. Examinemos con la posible brevedad uno y otro error.

Ante todo es de notar, que el Sr. García Alvarez contrapone equivocadamente el instinto á la inteligencia, en vez de contraponerlo á la voluntad. El instinto, en efecto, como su nombre mismo lo da á entender, no es principio de conocimiento, sino de acción, lo mismo que la voluntad, aunque con esta diferencia esencial: que la voluntad tiende al bien conocido por la razón, al paso que el instinto apetece las cosas percibidas por la facultad de sentir: la voluntad es apetito *racional*: el instinto apetito *sensitivo* 1. Pero dejando á un lado esa equivocación, y suponiendo que el profesor de Granada ha querido significar por la palabra *instinto* el conocimiento puramente *sensitivo*, se pregunta: ¿es por ventura este conocimien-

1 Así lo confiesa el mismo positivista alemán Wund por estas palabras: «Diese (la naturaleza del instinto) liegt, wie wir gesehen haben, durchaus in dem Begehren.» En *La Scienza italiana*, Enero de 1884, p. 57, artículo del ilustre Rosignoli, *Teoria fisiologica e psicologica de l'instinto animale e della volontà humana*.

to la *forma inconsciente de la inteligencia*? No por cierto: la conciencia no es sino la misma inteligencia que conoce sus propios actos y aún los demás actos interiores del alma, como las sensaciones, apetitos, afectos de la voluntad, etc., y se conoce á sí propia como sujeto de los mismos. «La conciencia directa,» dice nuestro Balmes <sup>1</sup>, «es la presencia misma del fenómeno al espíritu, ya sea una sensación, ya una idea, ya un acto ó impresión cualquiera en el orden intelectual ó moral.» *Inteligencia inconsciente*, son dos términos que se contradicen uno á otro. Es de advertir que en los actos de la conciencia no sólo se nos ofrece el pensamiento, sino también vemos las mismas cosas pensadas, al modo como cuando nos miramos en un espejo, además de vernos á nosotros mismos, vemos también las cosas que nos rodean. Por esta razón ha dicho muy bien el ilustre impugnador de la *Filosofía de lo inconsciente* de Hartmann, que «sin la conciencia nada existiría para nosotros; ella es aquella actividad que juntando en uno lo que pertenece á la realidad objetiva con lo que es

<sup>1</sup> *Filosofía fundamental*, vol. I, cap. XXIII.

propio del sugeto espiritual que la conoce, crea la fuerza viva en torno de la cual giran el mundo del conocimiento y el mundo del sér y el de la acción, con todos sus fenómenos, y sin la cual ese mundo no sería de nosotros sentido, ni percibido, ni imaginado, ni entendido, ni amado, ni admirado; sería, en una palabra, como si no fuese <sup>1</sup>.» Es pues imposible despojar de conciencia á la inteligencia: son una sola cosa. De donde resulta claramente la intrínseca falsedad y contradicción de la fórmula que emplea el Sr. García Alvarez para definir el instinto, diciendo ser el instinto la *forma inconscia de la inteligencia*. La forma inconscia de la inteligencia viene por tanto á ser, como si dijéramos, la forma *tenebrosa* de la luz, ó la faz *invisible* de la *belleza*, ó los *estrechos límites* del *espacio*, es decir, un verdadero absurdo.

Añade el docto naturalista granadino, que en semejante forma inconsciente la inteligencia está determinada por la organización; error más grave todavía, si es posible, que el

<sup>1</sup> TÁLAMO, *La coscienza e l'inconscio de V. Hartmann*, discurso leído en la *Academia de la Religión* de Roma.

anterior. Aun tratándose de las facultades puramente sensitivas, la organización no las determina propiamente, sino más bien las sirve en calidad de subordinada, según lo indica su mismo nombre, derivado de *órgano*, ó sea de medio ó instrumento destinado al ejercicio de esta ó aquella función. Una vihuela, un violín ú otro instrumento músico cualquiera, sirven al artista para ejecutar esta ó aquella pieza; mas no puede decirse que determinen la naturaleza de ella, ni mucho menos la mente del compositor. «Los instrumentos,» dijo con su acostumbrada precisión Santo Tomás, «son para las potencias, *organa sunt propter potencias* 1.» ¿Pues qué diremos no ya de las potencias realmente orgánicas, sino de las inorgánicas ó espirituales, que se ejercen sin dependencia alguna intrínseca del organismo, son á saber, el entendimiento y la voluntad, y de los actos que de tales virtudes proceden, incluso los de la conciencia? En todo este orden de fuerzas y fenómenos, puramente espirituales, la organización no tiene otra parte que la que naturalmente dimana de la unión

---

1 I, q. 78, a 3, c.

del alma con el cuerpo, la cual, según observa Santo Tomás, *non pertingit usque ad operationem intellectus* 1.

P. Pues ¿cómo se han entre sí la inteligencia y el instinto?

R. «Entre la inteligencia y el instinto hay pues *identidad de naturaleza* y *diferencia de grado* 2.»

A esta deplorable confusión de la inteligencia con el instinto tiende el materialismo: en su empeño por borrar toda línea divisoria entre las criaturas irracionales y las inteligentes, á fin de sacar á las últimas de las primeras sin necesidad de acudir al poder divino que se manifiesta en la creación, figúranse locamente los materialistas, que el instinto y la inteligencia son uno, y no quieren advertir que entre estas facultades median abismos insondables.

Muchas razones pudiéramos traer en prueba de la esencial diferencia que separa á la inteligencia del instinto; pero sólo vamos á fijarnos en la que expone á este propósito el

---

1 *De veritate*, q. XIII, a. 4. c.

2 GARCÍA ALVAREZ, *El instinto*, etc., lug. cit.

sabio naturalista Mr. de Quatrefages en su reciente obra intitulada: *La especie humana*. No vacila este sabio en reconocer la diferencia *específica* que hay de los animales al hombre; y las razones en que funda esta *distinción fundamental*, son estas: la primera, que el hombre tiene *el conocimiento del bien y del mal independientemente de todo sentimiento de bienestar ó de sufrimiento físicos*; la segunda, que  *cree en seres superiores, capaces de influir en su destino*; y la tercera, que asimismo  *cree en la continuación de su existencia después de la presente vida*. Los animales no tienen tales conocimientos ni creencias: á objetos tan altos no pueden elevarse con sus percepciones, dependientes de órganos materiales. ¿Sabe el Sr. García Alvarez por qué? Sin duda alguna porque carecen de inteligencia. Ese mismo abismo que media entre el mundo externo y material que nos rodea, y el mundo suprasensible donde están los objetos de nuestra ciencia y de nuestras creencias, supone otro abismo entre la percepción sensitiva y la intelectual, entre el instinto y la inteligencia. A la diferencia esencial de los objetos del conocimiento corresponde la diferencia esencial de las potencias

con que los conocemos; y esa diferencia no es por consiguiente de grado, sino de naturaleza.

P. ¿El estado actual de la ciencia resuelve definitivamente la cuestión relativa á la *génesis del instinto*?

R. «Creemos que no, pero sí opinamos que el camino está abierto, y que la dirección dada por Darwin y la escuela trasformista considerando aquellos como una suma de hábitos hereditarios *determinados fisiológicamente por la acción refleja nerviosa* dará un día la clave del gran problema de la *vida mental* en toda la escala de los seres <sup>1</sup>.»

Aunque el autor no resuelve categóricamente la cuestión relativa al origen, ó como él dice, á la *génesis* del instinto; pero bien claro se echa de ver, que su doctrina es una mezcla informe de materialismo y panteísmo. Y á la verdad, si el instinto es una sola cosa con la inteligencia, y está determinado por la *acción refleja nerviosa*, ¿qué otra cosa es la vida mental en todas sus manifestaciones, sino la expresión de los movimientos en que consiste esa acción?— Entiéndese en Fisiología por ac-

---

<sup>1</sup> GARCÍA ALVAREZ, *El instinto*, pág. 244.

ciones ó movimientos reflejos los actos originados en los animales del sistema nervioso á consecuencia de impresiones causadas en cualquier parte del organismo, v. gr., el movimiento de los párpados excitados por la impresión del aire en la conjuntiva, ó la irritación de la membrana de las narices, que se resuelve en el estornudo. Ahora bien, rotundamente le negamos al Sr. García Alvarez, que tales movimientos reflejos sean actos instintivos. Los primeros acaecen en los animales sin conocer estos ni el objeto á que se refieren, ni el fin á que se ordenan, al paso que en el instinto conocen el objeto de su apetito, y cierto no podrían apetecerle si antes no le conociesen. «Ni un sólo organismo», dice el positivista Wund, «se ha ofrecido nunca á nuestros ojos, cuyas manifestaciones instintivas fuesen únicamente movimientos reflejos. Los mismos protozoas manifiestan sus instintos por medio de operaciones que revelan cierto grado de conocimiento. El instinto es pues un hecho psicológico que *ni aún en su forma más simple se puede reducir al mecanismo de las acciones reflejas* <sup>1</sup>.» Todavía es más decisivo contra

<sup>1</sup> El texto alemán en dicha revista italiana.

el profesor de Granada lo que refiere el señor Lussana en su *Fisiologia degli istinti*: «Desde que Marshall, Hall y Müller inauguraron sus grandes trabajos sobre las acciones nerviosas reflejas, *todos estos movimientos dejaron de pertenecer á los actos instintivos y á las operaciones del cerebro para entrar en el dominio de la inervación especial* <sup>1</sup>.» Bien será observar que muchas acciones del instinto no van precedidas de impresiones ó excitaciones procedentes de fuera; tales acciones son innumerables: sirvan de ejemplo la nidificación y la emigración de las aves. ¿Qué género de impresión les puede mover á construir el nido del modo como lo construyen, ó á volar á países remotos en busca del alimento y clima convenientes? Estos y otros muchos ejemplos que pudieran citarse, prueban claramente no ser los animales máquinas nerviosas, sino verdaderos vivientes, dotados de la doble sensibilidad, aprehensiva y expansiva, que los distingue de las plantas. El instinto en efecto, facultad expansiva, supone la prévia aprehensión y estimación de los objetos que excitan

<sup>1</sup> Pág. II.

sus apetitos. Excusado es añadir, que si los movimientos reflejos no explican ni con mucho las operaciones del instinto, menos podrán dar la clave de «todas las manifestaciones de la vida mental.» Considérese en buen hora á los nervios como á hilos telegráficos que transmiten los impulsos de la fuerza motriz, después de haber comunicado las impresiones causadas por los objetos corpóreos; pero no se confunda el telégrafo con el telegrafista, ni se abata la humana inteligencia al humilde oficio de comunicar con el mundo sensible, desconociendo el sublime destello de luz divina impresa en nuestro espíritu racional.

P. Y el espíritu, ¿cómo se há con la materia?

R. «El espíritu es como el principio masculino, como el varón, la segunda (la materia) es como la hembra de la Realidad... estos elementos forman el *verbo divino*, son la idea y la palabra del himno celestial y sublime que se llama la creación <sup>1</sup>.»

---

<sup>1</sup> Discurso leído por D. José Villó y Ruiz, *Catedrático de la Universidad de Valencia*, en la sesión inaugural del Ateneo de dicha ciudad, curso de 1879 á 1880, pág. 22.

El profesor cuyas son estas palabras, se ha dejado aquí atrás á los discípulos de Krause, cuya extraña y perniciosa doctrina tocante á la *sexualidad* <sup>1</sup>, como dicen, *del espíritu*, no llegó hasta el punto de casarlo con la materia, para que engendrarse en ella á lo que con expresión evidentemente sacrílega no ha vacilado aquel profesor en dar el nombre sacrosanto de *verbo divino*. Cuando los errores se visten de formas tan extravagantes y escandalosas, no han menester ser impugnados: la risa es su mejor correctivo, aunque en el presente caso más que á reír, deben movernos á llorar sobre la pobre juventud estudiosa.

---

<sup>1</sup> «La sexualidad,» dice el SR. ROMERO DE CASTILLA, *catedrático del Instituto de Badajoz*, «es pues un modo de la vida del espíritu que afecta á la actividad entera áun en sus menores detalles.» *Elementos de Psicología experimental*, parte 3.<sup>a</sup>, cap. II, lec. 30.